

Examen general del positivismo como escuela filosófica

Nació el positivismo en Grecia con Tales de Mileto y Demócrito, quienes no admitían en el universo sino materia y fuerza. Epicuro y sus discípulos sustituyeron la fuerza por los *clinamen*, elementos activos que unen los átomos, y dotados de cierta espontaneidad, que puede ser el origen remoto de la libertad en el hombre, proclamaron también la moral positivista, según la cual la obligación, como ilusión que es, se trueca en la realidad del placer y del dolor.

Heráclito y Anaximenes en sus doctrinas llegaron hasta la identidad de los contrarios, tesis que, en definitiva, equivale a la del relativismo positivista.

Las escuelas socráticas menores del siglo V antes de Cristo, formularon la tan decantada doctrina de Kant y Comte, conforme a la cual conocemos las cosas no en sí, sino como las sentimos.

Finalmente fue la misma Grecia quien con Empédocles enunció la famosa ley evolucionista de que «todo se eleva de la unidad a la pluralidad y pasa luego de la pluralidad a la unidad», ley que Spencer da como suya, diciendo que la materia se concentra y luego se disgrega para volver a la concentración y continuar así en su evolución.

En la edad media, Roscelino, Abelardo y Guillermo Occam, suministraron nuevas armas al positivismo moderno, al combatir la doctrina de los universales.

En el renacimiento, Bacon distrajo la atención de las demás ciencias para atraerla a las naturales con el método inductivo; juzgó inútil y estéril el estudio de las causas finales, y avanzó en el campo positivista hasta reducir la investigación solamente al campo de la experiencia.

Hume renegó de la metafísica que estudia las cosas en sí para sustituirla por el estudio de lo que son en nosotros y con relación a nosotros, e incurrió así en el agnosticismo positivista.

Preparado así el terreno por el transcurso de tantos siglos, aparecieron Comte, Stuart Mill, Spencer, Littré, y claramente predicaron las doctrinas de la escuela positivista, que pretende poseer el único venero de la verdad; reduce los medios de adquirirla al exclusivo de la experiencia; desecha las verdades a las cuales sólo alcanza la razón, y suplanta a la moral de la obligación, la del placer y del dolor; doctrinas son éstas que del bufete de los sabios pasaron a los campos del gobierno, del arte y del derecho, especialmente en el ramo penal.

Compte.—Formado sin Dios, adiestrado en su carrera de matemáticas e ilustrado en lecturas de autores a quienes reconoce como sus precursores, tales como Kant, Hume, de Gall, Bichat, Condorcet, en 1826, por medio de conferencias, inició en París su curso de filosofía positivista, buscando las verdades que se impusieran a la humanidad *solo sensu*. Atribuyó el malestar político y la anarquía de los espíritus al imperio simultáneo de la filosofía teológica, que explica los fenómenos por causas sobrenaturales; de la metafísica, que los explica por medio de las esencias y causas, y de la positiva, que solamente se apoya en el terreno sólido de la experiencia.

Según Comte los individuos y la humanidad han pasado y pasan por estos tres estados: el metafísico, el teológico y el positivo; no admite otra filosofía que la última; reduce las ciencias a las matemáticas, base de las demás, a la astronomía, la física, la química, la biología y la moral, pero fundada en el placer y el

dolor, en el altruismo o amor a la Humanidad, que sustituye a la idea de Dios. La lógica para él no es otra cosa que el método inductivo, y la psicología le parece absurda porque «el individuo no puede partirse en dos, uno que razone y otro que observe el razonamiento, y porque entre el hombre y el bruto no hay una diferencia sustancial».

La sociología no tiene más fundamento que la historia y la biología, y en la dinámica o actividad social, cada instante es la consecuencia necesaria del momento anterior, de modo que si éste se repitiera, lo mismo ocurriría con los fenómenos sociales comprendidos entre el momento repetido y el que le precedió inmediatamente.

Finalmente, la evolución social está sometida a leyes naturales invariables que excluyen la intervención de toda voluntad superior; y el método positivo tiene por fin descubrir las leyes invariables a que están sometidos los fenómenos, hasta reducirlos, si es posible, a la unidad.

A la muerte de Comte sus doctrinas tomaron tres corrientes: la una, que pudiéramos llamar ortodoxa, encabezada por Laffite, se consagró especialmente al desarrollo de la moral altruista, pero bien pronto pasó a la historia como doctrina.

La otra la encabezó Littré, su discípulo, pero se separó de él, negando la ley sociológica, que sustituyó por la de las cuatro edades: la de la necesidad, la del sentimiento religioso, la del sentimiento artístico y la de la ciencia o la razón, guías del hombre. Convino con él en no admitir otras verdades que las adquiridas por la experiencia.

Su doctrina sobre las verdades metafísicas es muy clara: «los que creen que la filosofía positiva niega o

afirma algo *là dessus* se engañan: ni niega ni afirma nada, porque negar o afirmar sería declarar que tenemos algún conocimiento cualquiera del origen de los seres y su fin. Lo que hay establecido al presente es que los dos extremos de la cadena no son inaccesibles y que sólo el medio nos pertenece;» sobre lo infinito afirma que es como «un océano que viene a batir a nuestras playas y para el cual no tenemos ni barca ni velas pero cuya clara visión es tan conveniente como formidable».

Su moral halla el fundamento en la nutrición y la reproducción, que, a su turno, originan el egoísmo y el altruismo.

La tercera corriente está formada por las doctrinas de Stuart Mill y Spencer, quienes, queriendo formar un sistema filosófico distinto del positivismo, incidieron en él.

Stuart Mill.—Conviene con Comte en aceptar el método experimental como única fuente de verdad; en la ley sociológica y en sostener que nuestras acciones están sometidas a leyes necesarias.

Se separó de él en cuanto no admite sino la verdad suministrada por la experiencia interna, y por lo mismo sí admite la psicología como ciencia aparte, pero es en este punto donde más se acentúa su carácter positivista, porque el entendimiento para él es un simple receptor de sensaciones, y su naturaleza, un misterio para nosotros; la libertad humana no existe, pues bien comprendida la doctrina de la necesidad filosófica se reduce a esto: que dados los motivos presentes al espíritu, lo mismo que el carácter y disposición actual del individuo, se puede inferir infaliblemente la manera como ha de obrar. La voluntad, según él, es hija del deseo y no escapa a su imperio sino para caer bajo el hábito.

El principio de causalidad lo formamos por asociación de ideas, vemos que un fenómeno invariablemente sigue a otro, pero ignoramos si en realidad sea así.

Para él en lo moral hay una imposibilidad física y absoluta al buscar una cosa por otra razón que no sea el placer proporcionado por ella, placer que también nos lleva al altruismo.

Spencer.—Lo absoluto es incognoscible y lo relativo cognoscible; pero cada día nos convencemos más de la existencia de algo inescrutable, más misterioso a medida que se medita en él; pero a pesar de ese misterio surge la verdad de que hay una Energía infinita y eterna de la cual proceden todas las cosas.

Para descartar el cargo de materialista que pudiera resultarle de la aseerción anterior, dice que los materialistas creyendo en la transformación de las fuerzas físicas en psíquicas, explican la materialidad de los fenómenos psíquicos; y que el espiritualista, suponiendo la equivalencia de las dos energías y su transformación llega a la identidad de naturalezas; así concluye la confusión del mundo interno con el externo.

Enunció su ley de la evolución, conforme a la cual el universo, en todas sus manifestaciones, naturales y sociales, pasa de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad, definida y coherente, y vuelve luego al estado anterior.

El hombre se halla guiado al principio por el egoísmo, pero luego evoluciona al altruismo, y del equilibrio entre éste y aquél resulta la conciencia moral.

En el campo positivista figuran también: Taine, para el cual la fuerza, la naturaleza y demás entes metafísicos son rezagos escolásticos; el hombre, una transformación de los brutos; el cerebro, asiento de las facultades; y lo único real, los hechos y las leyes.

Fouillée, el partidario de «la metafísica experimental» y de las *ideas fuerzas*, causas directas e inmediatas de las acciones; Dubois Raymond, para quien el estado del mundo entero y de una fracción cualquiera es, a cada instante, el resultado mecánico absoluto del estado precedente y la causa mecánica absoluta del estado siguiente; finalmente la escuela psicofisiológica, que pretende explicar los fenómenos psíquicos por medio de la fisiología y por métodos puramente empíricos.

Meditada la teoría positivista, expuesta a grandes rasgos, se observa que los puntos básicos de ella se reducen: a no admitir otro conocimiento que el suministrado por el método inductivo experimental; a considerar las nociones de causa, esencia, absoluto, como ilusiones metafísicas, y a negar la libertad humana y la moral eterna a que está sometida.

Cuando el positivismo afirma, al decir de Mercier, que sólo lo sensible es cognoscible, incurre en el sofisma de identificar el ente con el ente corpóreo lo cual es inexacto; pues las ideas de ente y de ente corpóreo no son de idéntica comprensión; el atributo corpóreo añade al sujeto ente algo que intrínsecamente éste no tiene. Hay, pues, una inteligibilidad que pertenece intrínsecamente al ser con independencia de la inteligibilidad del ser corpóreo. Por lo mismo, la posibilidad intrínseca de los seres incorpóreos no puede negarse *a priori* bajo pretexto de análisis de nuestros conceptos esenciales; y a esto se reduce el problema de la metafísica que no puede ser negada *a priori* por el positivismo sin incurrir en la inexactitud dicha.

Si el positivismo, al afirmar que la experiencia es la única fuente de verdad, sostiene que las ideas nacen de la actividad de los sentidos, pretende dar una doctrina nueva, no se la podemos reconocer, porque

ya Aristóteles había dicho: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, principio que los escolásticos expresaron así: *omnis cognitio incipitur a sensibus et perficitur ab intellectu*; con lo cual se desvirtúa la creencia positivista de que las ideas sean hijas exclusivas de la experiencia, porque si bien es cierto que los objetos suministran las imágenes o fantasmas, es al entendimiento al que corresponde, por función propia, abstraer las especies, *formar el verbum internum* que expresado en la mente constituye la idea.

Tampoco es el juicio fruto de la experiencia porque al comparar el entendimiento dos ideas, afirma o niega inmediatamente su discrepancia sin acudir a aquélla, de lo contrario, se caería en el escepticismo, o el número de verdades adquiridas sería muy reducido; los axiomas tampoco se deben a la experiencia; en efecto, si ellos, como dice Stuart Mill, son generalizaciones de la observación, el positivismo cae en un círculo vicioso: «porque si la inducción descansa en la generalización de las leyes naturales, y si por inducción conocemos las leyes naturales, tenemos: que dicha universalidad se prueba por la inducción, y la inducción a su vez por la misma universalidad». Por otra parte, ¿cómo se demuestra experimentalmente que una cosa puede ser y no ser a un mismo tiempo, si del no ser no podemos apelar a los sentidos, una vez que se trata de una noción puramente ideal?

Cuando Spencer, en busca de apoyo para su sistema, afirmó que «toda creencia cuya existencia es certificada por la inconcebibilidad de su no existencia, es cierta», cayó en el idealismo cartesiano, y cuando Stuart Mill le negó al espíritu la posibilidad de conocerse a sí mismo, acomodó los hechos a sus teorías, es decir, salvó los límites de la experiencia. Además es neces-

rio reconocer que sólo necesitan demostración las verdades que aparecen menos claras y por lo mismo necesitan más luz, pues hay otras que se imponen al espíritu tan luego como se presentan. Por la insuficiencia del método experimental, el mismo Stuart Mill le censuró a Bacon que hubiera proclamado la prescindencia de la deducción.

Carece de fundamento la negación que el positivismo hace de la noción de sustancia; porque hay hechos que pasan en nosotros y en el mundo exterior y desmienten semejante negación. En efecto, en nosotros hay un mar de pensamientos, voliciones y afectos distintos; hoy volvemos a pensar en algo que estudiámos hace un año; ahora deseo una cosa que mañana aborrezco; recordamos hechos olvidados por mucho tiempo; sentimos un piélago de contradictorias pasiones; si no hay algo permanente, ¿cómo explicar la identidad de ese algo que percibe esos pensamientos, voliciones y afectos?

Balmes en su Filosofía Fundamental, dice; «la proposición yo pienso, incluyéndose en la palabra pensar todas las afecciones internas, no se refiere tan sólo a fenómenos aislados, sino que explica por necesidad un punto en que se enlazan, el cual llamamos el yo. Si este punto no existe, si no es uno, si no es idéntico, el pensamiento de hoy no tiene ningún lazo con el de ayer: siendo dos cosas distintas, que se hallan en tiempos diversos, y que quizá son contradictorias: cuando hoy digo yo pienso, y entiendo decir que ese yo es el mismo de la proposición, yo pensaba ayer, mi lenguaje es absurdo; si no hay más que los puros fenómenos, los dos pensamientos sin un punto de enlace, el yo es nada, no podemos decir yo pensaba, yo pienso; debo decir había pensamiento, hay pensamiento. Si entonces se me pregunta dónde, en quién, deberé responder

que no hay dónde, que no hay quién; deberé negar el supuesto y limitarme a repetir había pensamiento, hay pensamiento. Para decir yo es necesario suponer una realidad permanente; realidad, porque lo que no es real no es nada; permanente, porque lo que desaparece, deja de ser y no puede servir de punto para unir nada. Ese algo permanente en sí es la sustancia».

En las múltiples cosas que a nuestro estudio ofrece el universo advertimos atributos de los cuales, unos pueden faltar en ellas sin que dejen de ser tales, y otros por el contrario, tan inherentes a ellas que no las podemos ver privadas de tales atributos; éstos las colocan en una especie determinada, son los primeros que concebimos de ellas y la fuente de todas sus propiedades. Tales atributos *quibus res constituitur in determinato entis genere*, es lo que llamamos esencias y las conocemos por las manifestaciones externas de los seres en virtud del aforismo *operatio sequitur esse*.

El positivismo niega también el principio de causalidad, implícitamente al desechar la metafísica, y explícitamente al afirmar que no hay sino fenómenos antecedentes y fenómenos consiguientes, y que el principio de causalidad, no es otra cosa que la invariabilidad de los fenómenos independientemente del modo como se producen en sí y de la naturaleza de las cosas.

La existencia de este principio de causalidad la advertimos en nosotros por la conciencia que tenemos de que en nuestro poder está aumentar o disminuir el trabajo, escoger estos o aquellos medios y concluida o suspendida la obra la consideramos de hecho como resultado de nuestra actividad, según aquello de Santo Tomás, de que es innato en el hombre remontarse a la causa al contemplar el efecto.

Concluyente es el argumento de Mr. Rabier en re-

lación con este punto; «si el efecto no tiene en la energía de la causa su razón necesaria y suficiente, no se comprende ni la aparición del efecto a la causa, ni, sobre todo, la necesidad de su aparición. Falto de este intermediario que una el efecto a la causa, aquél es un verdadero principio absoluto; y entonces, ¿para qué la causa? Se puede decir, en suma, que la idea de conexión necesaria si no se hace entrar en ella la idea de eficacia causal, es una idea positivamente contradictoria, porque se resume en dos ideas, cada una de las cuales encierra una contradicción, la idea de una causa que es necesaria y no sirve para nada, y la idea de un efecto que aparece necesariamente por medio de una causa sin que nada, sin embargo, en ésta lo determine a aparecer.

Compte, con la negación de la distinción sustancial entre el hombre y el bruto y con su famosa ley sociológica de sus tres estados; Spencer, con su ley de la evolución, y Stuart Mill con la teoría de la necesidad que imponen al hombre las circunstancias, los motivos, los deseos, el carácter, el temperamento y el hábito, reducen al hombre a un simple autómatas, despojando a la voluntad de su dominio o causalidad sobre las acciones humanas.

La piedra angular del edificio comptiano, que es la ley sociológica, no se cumple, porque la historia de los pueblos, de las épocas, de las ciencias arguyen contra ella: hay individuos siempre bajo el influjo del teologismo; hay y ha habido sabios dados a los estudios experimentales, que han confesado a Dios; la historia ofrece pueblos que de una gran ilustración han caído en la abyección; otros en que el período filosófico ha precedido al teológico, como Grecia; las matemáticas no

han reconocido los tres estados y el espíritu guerrero ha persistido siempre.

A la ley spenceriana observamos que la materia inerte no ha reconocido la perfección predicada; el evolucionismo no ha demostrado que la vida sea una transformación de las fuerzas físicas; ni tampoco lo que es la sensación; esto se debe a que, como dice Claudio Bernard, «los fenómenos vitales, la física y la química se ven subordinados a una fuerza superior que los emplea para su uso, como lo haría un químico en su laboratorio».

Si la libertad es la inmunidad de sujeción a vínculo tanto intrínseco como extrínseco, para que ella exista se requieren dos cosas: que la voluntad no sea movida invencible y necesariamente por la naturaleza del objeto apetecido, ni intrínsecamente, ya por el entendimiento, ya por la misma voluntad; en efecto: lo primero se cumple, pues son muchos los objetos que no son necesarios en sí, y al contrario, nos parecen inútiles e indiferentes, luego no pueden atraer la voluntad invencible y necesariamente; el entendimiento no sólo penetra en la esencia de las cosas sino que percibe también la proporción de ellas con nuestro fin, encuentra muchos defectos en los objetos que presenta a la voluntad, por consiguiente, el juicio de la razón es diverso y no determinado a uno. La voluntad tampoco es llevada necesariamente sino a su último fin, es decir, a la felicidad y a los medios evidentemente necesarios, no así a los indiferentes. Por consiguiente la voluntad humana goza de su libre albedrío.

Con la aseveración positivista de que la personalidad humana es movida únicamente por el placer y el dolor, se afirma solamente la manera como obran los hombres,

pero en manera alguna se va al fondo del problema moral que consiste en determinar la norma o ley a que debe someter su conducta el hombre. Por otra parte, si bien es cierto que el hombre por ley natural busca el bien, el positivismo incurre en el sofisma de confusión al colocar todo bien en una sola especie de él, como es el bien deleitable.

ARTURO C. POSADA»

